



JULIA *Autora best seller de The New York Times* LONDON

PLACER
PROHIBIDO

Cuando un hombre con una misión encuentra una bella aunque improbable aliada, la seducción y la aventura son inevitables.

La gente ya no hablaba de las hermanas Cabot. Sus descabellados planes para evitar la ruina habían caído en el olvido, y todo iba bien hasta que la dócil y tranquila Prudence se vio envuelta en un escándalo que dañó su reputación y le cerró las puertas de la alta sociedad. Sin embargo, ahora estaba decidida a vivir su propia aventura. Y, cuando un estadounidense irresistible le pidió que lo ayudara a cumplir una misión, Prudence fue incapaz de rechazarlo. El destino de su familia dependía de lo rápido que Roan pudiera encontrar a su hermana y convencerla de que regresara con su prometido. Desgraciadamente, Roan estaba tan fuera de su elemento en la campiña inglesa como en la compañía y en la cama de la sensual Prudence. Pero había probado una pasión que se parecía mucho al amor verdadero, y ahora tenía que elegir entre sus obligaciones y sus deseos.

Capítulo 1

Blackwood Hall, 1816

Nadie lo decía en voz alta, pero se daba por sentado que, cuando una mujer llegaba a su vigésimo segundo cumpleaños sin haber conseguido que un solo caballero considerara la posibilidad de casarse con ella, estaba condenada a ser una solterona. Y ser una solterona consistía esencialmente en el tedio de ejercer de acompañante de viudas entradas en años durante sus paseos por el campo.

La alta sociedad desconfiaba de todas las mujeres sin perspectivas que hubieran cumplido los veintidós. Tenía que haber algo malo en ella. No podían pensar otra cosa, porque ¿cómo era posible que una mujer con dote, contactos y presentada debidamente en sociedad fuera incapaz de atraer pretendientes?

Solo podía ser por tres motivos: Era imperdonablemente sosa, estaba espantosamente enferma o tenía hermanas mayores cuyos escándalos pasados habían destrozado completamente la reputación de su familia.

Prudence Cabot estaba convencida de que se encontraba en el tercer caso y, pocos días después de cumplir los veintidós, se lo hizo saber a sus hermanas mayores, la señora Honor Easton y Grace, *lady* Merryton. Por supuesto, sus hermanas pusieron el grito en el cielo, y lo pusieron con tanto ahínco y sonoridad que Mercy, la más pe-

queña de las cuatro hermanas Cabot, les silbó como si fueran perritos que se peleaban a los pies de lord Merryton.

Sin embargo, las vehementes protestas de Honor y Grace no sirvieron para que Prudence cambiara de opinión. A fin de cuentas, sus dos hermanas mayores se habían dedicado a escandalizar a todo el mundo desde la muerte de su padrastro, que había fallecido cuatro años antes.

Honor le había propuesto el matrimonio a un rufián que, además, era bastardo de un duque y, para empeorar las cosas, se lo habría propuesto en un lugar tan público como un antro donde se jugaba a las cartas. Y Grace se había convertido en la comidilla de todo Londres cuando, decidida a salvar a las cuatro de la ruina económica, tendió una trampa a un aristócrata y atrapó a otro.

Prudence no tenía nada contra sus maridos. Adoraba a George y a lord Merryton, esposos respectivamente de Honor y Grace. Pero los dos escándalos habían dañado la reputación de las Cabot, un problema al que también contribuía su hermana pequeña, Mercy, cuyo carácter era tan rebelde e irreverente que habían llegado a sopesar la posibilidad de meterla en un internado para domar a la bestia que llevaba dentro.

Además, la situación familiar de Prudence no era precisamente envidiable. Siempre había sido la educada, obediente, aburrida y explotada hermanita de en medio. Era una mujer práctica en un grupo de mujeres irreflexivas. Era la chica responsable que había estudiado música con tanta dedicación como la que había dedicado al cuidado de su madre y su padrastro mientras las demás se divertían por ahí.

¿Y adónde le había llevado su buen comportamiento? Había hecho todo lo que se esperaba de una debutante; no había causado el menor problema y, en más de un sentido, era la quintaesencia de la buena educación. Sin em-

bargo, era la única con quien nadie se quería casar. O casi la única, porque Mercy tampoco era precisamente casable. Pero a Mercy no le importaba en absoluto.

–La palabra *casable* no existe y, por mucho que te empeñes, tampoco existe su contraria, *incasable* –dijo Mercy cuando Prudence terminó su disertación.

–Por no mencionar que estás diciendo tonterías –intervino Grace, irritada–. ¿Se puede saber qué te pasa, Pru? ¿Tanto te disgusta la vida de Blackwood Hall? ¿No te divertiste el otro día, en el festival que organizamos?

Prudence respondió a sus comentarios con unas notas de piano tan fuertes que hasta el perro de Grace, un chuchito de tres patas al que había rescatado de una muerte segura, pegó un salto. Y luego, interpretó una pieza de un modo tan hábil y ruidoso que ahogó todo lo que dijeron con posterioridad.

Días más tarde, Honor se presentó en Blackwood Hall en compañía de su gallardo esposo y sus tres hijos. Cuando la mayor de las Cabot se enteró de la discusión que habían mantenido, intentó convencer a Prudence de que su situación no se debía al comportamiento de las demás, y de que la ausencia de ofertas matrimoniales no significaba en modo alguno que la suya fuera una causa perdida.

–Fíjate en Mercy –dijo como conclusión–. ¿Quién iba a imaginar que la aceptarían en la prestigiosa Escuela de Bellas Artes de Lisson Grove?

–Yo –respondió Mercy–. Es lógico que me hayan aceptado. Tengo mucho talento.

–Si no recuerdo mal, lord Merryton pagó una importante suma de dinero para que la aceptaran –puntualizó Prudence.

–Recuerdas bien –dijo Grace–. Pero si fuera verdad que nuestros escándalos os han dejado marcadas, no la habrían aceptado en ningún caso.

Prudence rompió a reír.

–Oh, vamos, habrían aceptado lo que fuera a cambio del dinero de lord Merryton. A fin de cuentas, no se tenían que casar con ella.

–¡Cómo os atrevéis a decir eso! –protestó Mercy–. ¡Me han aceptado por mi talento!

–Cállate –dijeron Grace y Prudence al unísono.

Mercy se puso bien las gafas y salió de la habitación, ofendida; pero sus hermanas no le hicieron ningún caso.

El debate siguió durante días, para horror de la propia Prudence. Y una mañana, durante el desayuno, Honor se puso particularmente condescendiente:

–Tienes que confiar en tu suerte, querida. Más tarde o más temprano, algún caballero te pedirá en matrimonio. Y te reirás de ti misma por haberte preocupado tanto.

–Honor, te ruego... no, no te lo ruego, te imploro que cierres la boca –replicó Prudence.

Honor soltó un grito ahogado y, tras levantarse repentinamente, pasó junto a Prudence tan deprisa que le dio un golpe en el hombro.

–¡Ay!

–Honor solo te quiere ayudar –intervino Grace, en tono de recriminación.

–No, no se trata solo de eso –dijo Honor–. Es que empiezo a estar harta de tus berrinches, Pru. Son tan irritantes como impropios de una dama.

–No son berrinches –protestó Prudence.

–Por supuesto que lo son –afirmó Mercy–. Siempre estás enfurruñada.

–Y deprimida –declaró Grace.

Honor se inclinó sobre Prudence y la miró a los ojos.

–Te voy a decir algo que solo te diría una hermana que te quiere de verdad: eres una verdadera lata.

Prudence se quedó muy sorprendida, pero Honor sonrió, se incorporó de nuevo y añadió:

–Cassandra Bulworth ha escrito para decir que le gustaría que fueras a ver a su bebé. Si yo estuviera en tu lugar,

no me lo pensaría. Creo que te vendría bien el aire del campo.

–¿Que me vendría bien? Te recuerdo que ya estoy en el campo –dijo Prudence con sorna.

–Sí, pero el aire del norte es muy distinto.

Grace y Mercy asintieron con energía, dando la razón a Honor.

Prudence pensó que ir a Himple a ver a su amiga Cassandra era lo último que necesitaba en ese momento. Acababa de tener su primer hijo, y estaría tan insufriblemente ufana que ella se sentiría aún peor.

–¡Que vaya Mercy! –dijo.

–¿Yo? ¡Yo no puedo ir! –exclamó la menor de las Cabot–. Tengo que prepararme para la escuela de Bellas Artes. Todos los alumnos tienen que llevar una pequeña colección de dibujos, y aún no he terminado la mía.

–De todas formas, no podría ir aunque quisiera –insistió Prudence, haciendo caso omiso del comentario de Mercy–. Si me voy, ¿quién cuidará de mamá?

–Eso no es un problema –contestó Grace–. La cuidará Hannah, su doncella; y cuando Hannah no esté, se lo pediremos a la señora Pettigrew o la dejaremos con Mercy.

–¿Yo? Pero si acabo de decir que...

–Sí, sí, ya nos hemos enterado de que tienes que ir a esa escuela, Mercy. Cualquiera diría que eres la única persona a la que han aceptado en una escuela. Pero no te irás hasta el mes que viene, así que tienes tiempo de sobra –observó Grace, que se giró después hacia Prudence y sonrió–. Solo queremos lo mejor para ti, Pru.

–Lo dudo mucho –dijo Prudence–. Pero resulta que yo también estoy aburrida de vosotras.

–¿Significa eso que irás a verla? –preguntó Honor.

–Es posible –respondió Prudence–. Si me quedo en Blackwood Hall, terminaré tan loca como mamá.

–¡Excelente! –dijo Grace, encantada–. Es una gran noticia.

–No creo que sea para tanto, la verdad.

–¡Por supuesto que lo es! ¡No sabes cuánto nos alegra que te vayas! –exclamó Honor.

–¿Cómo? –dijo Prudence, ofendida.

–No me malinterpretes. Me refería a que nos alegramos mucho por ti, querida –Honor se acercó a ella y la abrazó–. Creo que tu humor mejorará ostensiblemente en cuanto veas un poco de mundo.

Prudence ya no estaba tan segura de eso. Su fracaso social la había convertido en una envidiosa y, por mucho que intentara refrenar su envidia, había terminado por no soportar la felicidad de ese mundo que anhelaba. El asunto llegaba a tal extremo que hasta la luz del sol le parecía un cruel y mortificante recordatorio de su situación.

Pero, justo entonces, sucedió algo que la convenció de la necesidad de marcharse: Mercy se empezó a quejar de que todas las conversaciones giraban sobre ella, lo cual acabó con su paciencia. Pensándolo bien, viajar a Himple era mucho mejor que seguir soportando el alegre parloteo de sus hermanas.

Grace lo organizó todo y, un buen día, anunció pomposamente que Prudence viajaría con el doctor Linford y su esposa, aprovechando que iban al norte a ver a la madre del médico. Los Linford la dejarían en la localidad de Himple y, una vez allí, la recogería uno de los lacayos del señor Bulworth y la llevaría a la mansión.

–Qué espanto –dijo Mercy, frunciendo el ceño junto a su nuevo caballete, donde estaba pintando un bodegón–. El carruaje de los Linford es muy pequeño y, por si eso fuera poco, se verá obligada a darles conversación durante horas.

–¿Y qué tienen de malo las conversaciones? –preguntó Honor, que estaba haciendo una trenza a Edith, su hija.

–Nada, siempre que estés obsesionada con el clima. El doctor Linford no habla de otra cosa. Y a Pru no le interesa la meteorología... ¿Verdad, Pru?

Prudence se encogió de hombros. En ese momento, no le interesaba nada en absoluto.

El día de su partida sacaron el equipaje de Prudence y lo cargaron en la calesa que la iba a llevar a Ashton Down, donde se debía reunir con los Linford. Llevaba un baúl y una maleta donde había metido unas cintas para el pelo, una camisa de seda que Honor le había regalado, unas pantuflas y una muda de ropa.

Tras despedirse de sus animadas hermanas, se subió a la calesa y se pusieron en marcha. Había quedado a la una, y solo eran las doce menos cuarto, así que tenía tiempo de sobra. Además, el siempre eficaz cochero de Blackwood Hall fue tan hábil que llegaron a Ashton Down a las doce y diez.

–No es necesario que se quede, James –dijo Prudence–. Los Linford llegarán dentro de poco.

El cochero no pareció muy convencido.

–Lord Merryton se enfadaría si supiera que la he dejado sola, señorita. Le disgusta que las damas se queden sin compañía.

–Pues dígale que insistí en que se marchara –replicó, molesta–. Y ahora, si tuviera la bondad de bajar mi equipaje...

–¿Dónde quiere que lo deje?

–Aquí mismo, en la acera.

Prudence bajó de la calesa, se ajustó el sombrero y entró en una pastelería, donde compró dulces para el viaje. Cuando volvió a la calle, su equipaje estaba en la acera y la calesa se había ido.

Por fin era libre.

Encantada, alzó la cabeza hacia el sol de finales de verano. Hacía un día precioso, y decidió esperar en un parque que se encontraba a pocos metros de distancia. Se

sentó en un banco, cruzó sus enguantadas manos sobre el paquete de dulces y observó las flores que había a su alrededor. Le parecieron tan mustias como ella misma.

Momentos después, oyó un carruaje y se levantó, pensando que sería el de los Linford; pero no era un carruaje, sino una de las dos diligencias que pasaban todos los días por Ashton Down, así que se volvió a sentar.

La diligencia se detuvo, y dos jóvenes saltaron del pescante. El primero de ellos abrió la portezuela, por donde salió una mujer con un niño y un caballero de hombros anchos, que se puso el sombrero inmediatamente. El caballero parecía salido de una excavación arqueológica: llevaba pantalones de ante, una camisa de linón, un guardapolvos oscuro que le llegaba a los pies y unas botas con aspecto de no haber visto betún en mucho tiempo.

Mientras los jóvenes cambiaban el tiro de caballos y bajaban el equipaje, el caballero giró lentamente en mitad de la calle y, a continuación, se puso a gritar al cochero. A Prudence le pareció de lo más interesante. ¿Qué habría pasado para que perdiera los papeles de ese modo? Como no oía la conversación desde el banco, se levantó y se acercó subrepticamente, fingiendo que admiraba los macizos de flores.

—Ya se lo he dicho, señor. Wesleigh está por ese camino, a una media hora de paseo.

—Y yo le he entendido, pero no parece que usted me haya entendido a mí —replicó el caballero, que tenía acento extranjero—. Wesleigh es una mansión, no una aldea. ¡Una mansión! Ya sabe, una casa grande con varios edificios menores y un montón de gente que va de un sitio para otro, haciendo lo que hagan ustedes aquí, en Inglaterra.

El cochero se encogió de hombros.

—Yo voy adonde me dicen mis jefes, y no me pagan para que vaya a Wesleigh. Por no mencionar que allí no hay ninguna mansión.

–¡Esto es indignante! ¡Yo he pagado para que me llevaran al lugar correcto!

El cochero hizo caso omiso. El caballero se quitó el sombrero y lo tiró con tanta fuerza que acabó a los pies de Prudence, quien se asustó e hizo ademán de huir.

–No, por favor, no se vaya –dijo el indignado extranjero–. Quizá me pueda ayudar a convencer a este hombre de que me tiene que llevar a Wesleigh.

–¿Wesleigh? ¿No será Wesley?

El caballero entrecerró sus ojos de color topacio, como si no estuviera seguro de poder confiar en ella. Pero, tras un momento de duda, se le acercó y le enseñó un papel donde alguien había escrito: «West Lee, Penfors».

–Ah –dijo ella–. Sospecho que se refiere al vizconde de Penfors, que vive en Howston Hall, a las afueras de Wesley.

–Sí, claro, eso es lo que pone ahí.

–No, no pone Wesley, pone West Lee.

–¿Y no es lo mismo?

–No, no es lo mismo. Una cosa es Wesley y otra cosa es West Lee –insistió, pronunciándolo lentamente, para que notara la sutil diferencia–. Y, por desgracia, se ha equivocado y ha terminado en Wesleigh, que no tiene nada que ver.

El desconocido se quedó perplejo.

–Discúlpeme, señorita, pero a mí me suena igual. ¿Me está tomando el pelo?

–De ninguna manera –respondió, horrorizada ante el hecho de que dudaran de ella.

–Pues si no me está tomando el pelo, ¿a qué está jugando?

–¿Jugando? Yo no estoy jugando a nada –Prudence no tuvo más remedio que sonreír, porque la situación no podía ser más absurda–. No sé qué quiere decir con eso, pero le aseguro que no formo parte de ninguna conspiración destinada a impedir que llegue a Wesley.

El caballero frunció el ceño.

–Mire, señorita, me alegra que me encuentre tan divertido, pero le agradecería que me indicara la dirección de al menos uno de los tres West Lee que ha pronunciado hasta ahora. Y, preferiblemente, el que corresponda al domicilio de lord Penfors.

–Hum.

–¿Hum? ¿Qué quiere decir *hum*? ¿Y por qué me mira como si yo le diera pena?

–Porque se ha equivocado de dirección.

–No me diga –gruñó.

–Verá... Wesleigh es una aldea que está en ese camino. Pero Wesley está bastante más lejos, en el norte.

–¿A qué distancia?

–No estoy del todo segura. Yo diría que a unos dos días de viaje.

El caballero apretó los dientes. Parecía a punto de estallar.

–¿En el norte, ha dicho?

–Sí, en efecto.

El extranjero se giró lentamente, como si tuviera intención de marcharse; pero fue un giro de trescientos sesenta grados, y acabó en la misma posición, mirándola.

–Si no es ninguna molestia, ¿se le ocurre alguna forma de llegar a ese West Lee que, según usted, se encuentra a dos días de viaje?

–No es West Lee, es... Bueno, olvídalo –Prudence sacudió la cabeza–. Puede tomar la diligencia del norte, que pasa dos veces al día. La primera debe de estar a punto de llegar.

–Comprendo.

–También puede ir en el coche de Correos, pero es más caro y solo pasa una vez al día.

–¿Tarda lo mismo?

Prudence asintió.

–Me temo que sí.

Él se pasó una mano por su frondosa mata de pelo, de color castaño.

–¿Y dónde puedo comprar un pasaje?

–En el despacho de billetes. Está en el patio de la taberna de enfrente –contestó–. Si quiere, se lo puedo enseñar.

–Se lo agradecería mucho.

Prudence cruzó la calle, y se detuvo a esperarlo mientras él le decía al cochero que dejara su equipaje en la acera, porque iba a tomar la diligencia del norte. Luego, ella entró en el patio de la taberna y se dirigió al pequeño despacho, que estaba junto a los establos. La puerta era tan baja que tuvo que inclinar la cabeza, aunque para él fue bastante peor: como medía más de un metro ochenta y cinco, tuvo que entrar medio doblado.

–¿En qué les puedo servir? –preguntó el hombre de la taquilla.

–Quiero un pasaje a West Lee –contestó el caballero.

–Wesley –le corrigió Prudence.

El caballero suspiró y dijo:

–Sí, eso.

–Serán tres pavos –declaró el taquillero.

El caballero sacó su cartera y examinó las monedas que contenía, como buscando alguna que tuviera un pavo. Prudence se dio cuenta de lo que pasaba y señaló tres de las monedas.

–Ah –dijo él, que las sacó y las dejó en el mostrador.

El taquillero le dio el billete y anunció con naturalidad:

–El conductor cobra una corona y el guardia, media.

–Pero si le acabo de dar tres libras esterlinas...

–Ese es el precio del pasaje. El conductor y el guardia cobran de los pasajeros.

–Menuda estafa –protestó.

El taquillero se encogió de hombros.

–Si quiere viajar a Wesley, tendrá que pagar.

–Está bien, de acuerdo.

Prudence y el caballero salieron al patio, donde él la miró y sonrió. Era la primera vez que sonreía, y ella pensó que estaba sorprendentemente atractivo cuando no se comportaba como un chiflado.

–Muchas gracias, señorita...

–Cabot, Prudence Cabot.

–Es un placer –dijo–. Yo soy Roan Matheson.

Él inclinó la cabeza y le ofreció una mano, que ella miró con inseguridad.

–¿Qué ocurre? ¿Es que mis guantes están manchados? Ah, vaya, sí que lo están... Le ruego que me disculpe. He hecho un viaje muy largo, y no he tenido ocasión de asearme.

–No, no se trata de eso –dijo ella, sacudiendo la cabeza.

Él se quitó el guante derecho y le volvió a ofrecer la mano. Era grande y fuerte, de dedos largos y nudillos con rasguños. La mano de un hombre que no tenía miedo de trabajar.

–Le aseguro que está limpia –dijo con impaciencia.

–¿Cómo? No, es que es tan poco habitual...

–¿Mi mano es poco habitual? –preguntó él, estupefacto.

–Ni muchísimo menos –replicó ella, incómoda.

Prudence miró sus ojos de color topacio y su oscuro cabello castaño, más largo de lo que estaba de moda en Londres. Todo en él resultaba encantadoramente extranjero y viril. Tan viril, que su pulso se aceleró.

–Entonces, ¿qué pasa?

–Que no es habitual que un hombre ofrezca la mano a una dama para que se la estreche.

–¿Y para qué se la iba a ofrecer, si no es para eso? –preguntó–. No veo qué tiene de raro. Es un gesto de cortesía, de...

Prudence no quiso dar más explicaciones que, por lo visto, solo servirían para complicar las cosas, así que le

ofreció la mano a su vez.

–¿Es que le doy miedo, señorita?

–¿Qué? No, en modo alguno –contestó, ruborizada.

Él le estrechó por fin la mano y, al sentir su contacto, ella dejó escapar un monosílabo con tono de gemido.

–Ah...

–¿He apretado demasiado?

–En absoluto –respondió Prudence, claramente nerviosa–. Es que no estoy acostumbrada a este tipo de situaciones. Los hombres británicos no estrechan la mano a las mujeres.

–¿Ah, no? –dijo, confundido–. ¿Y qué debo hacer cuando me presenten a una dama?

–Una pequeña reverencia, igual que ellas.

Roan sacudió la cabeza.

–Lo siento, no estaba al tanto de las costumbres del lugar –dijo–. ¿Puedo ser sincero con usted, señorita Cabot?

–Por supuesto.

–Acabo de llegar de los Estados Unidos, por un asunto de cierta urgencia. Tengo que recoger a mi hermana y llevarla de vuelta a casa –explicó–. Pero, con toda franqueza, este país me parece de lo más desconcertante.

Justo entonces, se oyó sonido de ruedas. Era la diligencia del norte, que se detuvo enfrente de la taberna. Prudence vio que estaba prácticamente llena y sintió lástima de él, porque era demasiado grande para viajar con tantas estrecheces.

–Bueno, ya ha llegado –dijo Roan, que dio dos pasos antes de darse cuenta de que Prudence no lo seguía–. ¿Usted no viene?

Prudence abrió la boca para decir que no estaba esperando la diligencia, sino el carruaje de unos amigos; pero, de repente, se sintió dominada por una emoción cálida, excitante y peligrosa: una emoción tan irresistible que la dejó muda.